



## Jueves Santo

### Queridos hermanos,

Celebramos hoy solemnemente la memoria de la Última Cena, en la que se establece la nueva Alianza, en la que Dios lleva a plenitud la realizada con Israel en su salida de Egipto, por mediación de Moisés, como acabamos de oír.

Se manifiesta así, ante todo, la fidelidad y el designio de Dios. Él ya había hecho Alianza con Abraham y antes, de otro modo, también con Noé. En realidad, la creación misma había significado también una Alianza, en las condiciones establecidas en conversación con Adán y Eva.

Desde el inicio se muestra la sabiduría y la bondad del designio divino: todo lo que hizo, el mundo, la creación y el hombre mismo, era bueno. En su Alianza a lo largo de la historia el Señor defenderá siempre esta bondad. Y Él mismo se desvelará siempre como un Dios que ama a su criatura, a su Pueblo, que lo quiere como un esposo a una esposa o como una madre al hijo de sus entrañas. Sus palabras, sus mandatos e instituciones han estado destinadas siempre a lo largo de la historia al bien de su Pueblo, a conducirlo a la vida y a la comunión con Él.

Porque nosotros, desde Adán y Eva, desdeñamos esta relación, escogimos, otros caminos, privilegiamos otras referencias, dimos autoridad a otros señores sobre nuestra vida; introdujimos divisiones, separación y formas de dominio. Incumplimos la encomienda primera del cuidado del mundo y del prójimo; olvidamos la lealtad y el amor para con Dios y con el hermano.

Dios, sin embargo, nunca se sometió a esta voluntad nuestra, siempre buscó nuevas formas de relación y de unidad. No aceptó doblegar su amor a nuestro desamor, permitiendo la ruina de su creación y del hombre, que el corazón y la vida de sus hijos quedase dominada por la injusticia y la muerte.

El amor del Señor por nosotros, los hombres, es eterno, no tiene medida. Él no negará nunca la bondad de todo lo creado, y del ser humano –como sí hace, en cambio, por soberbia y envidia, el diablo, el enemigo del género humano, los hijos de las tinieblas.

Pero el Señor permanece fiel a su Alianza, incluso cuando nosotros somos aún infieles. No vino a condenar, sino a salvar. Él nos ofrece su Amor y encuentra el modo de que el corazón humano le corresponda plenamente; esto acontece en Jesús en primer lugar y, gracias a Él, en el corazón inmaculado de la Virgen María; pero luego también en el de los discípulos, unidos con Él como miembros de su Cuerpo, que viven de su vida, de su Espíritu.

Esta es la Alianza nueva y eterna que el Señor nos ofrece en la Última Cena y realiza en su Pascua: venir a nuestro encuentro en nuestra necesidad más profunda –nos falta Dios, su gloria y su amor–, incluso cuando no la percibimos, como Pedro; lavarnos de la suciedad del camino, de la infidelidad, los errores, miserias y pecados. El lavatorio de los pies expresa lo más íntimo de su misión, la verdad del amor suyo y del Padre, manifiesto en este abajarse humilde a nuestra pobreza.

Y nos da participar de su Cuerpo y de su Sangre, en la comunión más profunda y real, por la que todo lo suyo es nuestro y lo nuestro suyo. De manera que se inscriba su Ley en nuestros corazones, que participemos de su Espíritu de vida, lleno de sabiduría, de inteligencia, de fortaleza, de amor radical, de conocimiento de Dios.

Esta es la victoria del Señor: la vida y la gloria de los suyos; la unidad de los hermanos, real ya en el tiempo a pesar de nuestra fragilidad y pecado.

Que la fe, la esperanza y la caridad pueda brillar en nuestros corazones y, por tanto, en esta tierra, es obra que habla de la potencia del Dios que vence al mundo; y que habla de la grandeza del Amor que habita el corazón de Jesús, de las dimensiones de su libertad y de los frutos de su sacrificio.



Este es su testamento, su Alianza, la obra que Él nos deja y nos encomienda: su Eucaristía, el don inmenso de su propia persona y de su misión cumplida en la entrega plena de sí por los hermanos.

Aquí se anuda para siempre Dios y el hombre, la gracia divina y la fe humana. Aquí la caridad ya no alienta sólo en Dios, sino también en el hombre, y es vida nueva vencedora de la muerte y de todo mal. Un gesto de caridad cubrirá una multitud de pecados; el gesto del Señor Jesús salvará el mundo entero.

Hoy conmemoramos la Última Cena, la institución de su memorial perpetuo, de la Eucaristía. Esta es la Alianza verdadera, realizada, perenne, del Señor con su Pueblo. Sigue presente, cercana, cotidiana; la celebramos en medio de nuestras casas, en nuestras parroquias, en los lugares de nuestra vida y en nuestra historia, durante el año, cada domingo.

Hoy contemplamos su Amor, la Caridad que era sólo divina y ahora renueva el corazón de cada uno, que está presente en el mundo, como aquel río que salía del costado del Templo –del Señor– y sanaba todo lo salobre y fecundaba todo lo que tocaba.

Y estamos llamados especialmente a la fe y al agradecimiento, que se expresa en la participación y en la adoración de la Eucaristía; en la obediencia al Señor, que nos dejó el mandato de amar al prójimo como Él lo había hecho, de lavarnos los pies –ayudarnos en las necesidades del cuerpo y del alma– los unos a los otros, como testimonio ante el mundo entero de esperanza viva, de vida nueva en la fraternidad y la paz.

Alfonso,  
Obispo de Lugo